

¿Antropoceno o Capitaloceno?

Por: Sudoesteba. 15/09/2022

¿Sería el homo sapiens el causante de la destrucción del planeta? En un nuevo libro, ¿Antropoceno o Capitaloceno? Naturaleza, historia y la crisis del capitalismo, Donna Haraway, Jason Moore y otros proponen un paso adelante: centrarse en el sistema que produce “naturaleza barata” y la extinción de culturas, lenguas y vidas.

Las noticias no son buenas para el planeta Tierra. La humanidad, y toda la vida que la acompaña, ahora se encuentra en el umbral de lo que los científicos del Sistema Terrestre llaman un “cambio de estado”. Este momento está representado en la creciente conciencia sobre el cambio climático, tanto entre los investigadores como entre un amplio público preocupado. Pero nuestro momento implica mucho más que un problema climático. Estamos experimentando una transición en la vida planetaria con el “potencial de transformar rápida e irreversiblemente la Tierra en un estado hasta ahora desconocido por la experiencia humana” (Barnosky et al., 2012, p. 52) [1].

El Zeitgeist del siglo XXI, por lo tanto, infunde comprensiblemente un sentido de urgencia en ciudadanos, activistas e investigadores, por ejemplo, Foster, Clark & York (2010), Hansen (2009), Parenti (2011) y Klein (2014). La realidad es muy real. Y según cualquier evaluación razonable, la situación se está deteriorando. Semanalmente, incluso diariamente, las encuestas se acumulan. Las “presiones humanas” están empujando las condiciones de estabilidad biosférica, particularmente el clima y la biodiversidad, a un punto de ruptura. **Ahora se están superando múltiples “límites planetarios”, o pronto se superarán. Las condiciones de vida en el planeta Tierra están cambiando rápida y radicalmente.**

La conciencia de esta difícil situación se ha estado construyendo durante algún tiempo. Pero la realidad de una crisis —entendida aquí como un punto de inflexión fundamental en la vida de un sistema, de cualquier sistema— puede ser muy difícil de entender e interpretar; también puede ser muy difícil tomar cualquier acción al respecto. Las crisis no son fáciles de entender por quienes las experimentan. **Las filosofías, los conceptos y las historias que utilizamos para dar sentido a un presente global cada vez más explosivo e incierto son, a menudo, ideas heredadas de otro tiempo y lugar. Es poco probable que el tipo de**

pensamiento que creó la agitación global actual nos ayude a resolverlo.

Las formas de pensar son persistentes. No son más fáciles de trascender que los “modos de producción” que reflejan y ayudan a dar forma. Esta colección de ensayos es un esfuerzo por ampliar y estimular una conversación global sobre una nueva forma de pensar. Nuestro punto de partida es el concepto de Antropoceno, el más influyente de los estudios ambientales de la última década. Los ensayos de este libro ofrecen críticas distintivas del argumento del Antropoceno, que es, de hecho, una familia de argumentos con muchas variaciones. Pero la intención es ir más allá de esta crítica. **El Antropoceno es un excelente punto de partida no solo por su popularidad sino, lo que es más importante, porque plantea preguntas fundamentales de nuestro tiempo: ¿Cómo encajamos los humanos en la red de la vida? ¿Cómo han redefinido la vida planetaria diversas organizaciones y procesos humanos (estados e imperios, mercados mundiales, urbanización y más)?** La perspectiva del Antropoceno es poderosa e influyente para llevar estas preguntas a la corriente académica principal, e incluso (aunque de manera desigual) a la conciencia popular.

La función de este libro es fomentar un debate —y nutrir una perspectiva— que va más allá de la Aritmética Verde: la idea de que nuestras historias pueden ser contempladas y narradas agregando Humanidad (o Sociedad) y Naturaleza, o incluso Capitalismo y Naturaleza. Tales dualismos son parte del problema: son fundamentales en el razonamiento que condujo a la biosfera a la actual transición hacia un mundo menos habitable. Apenas se nota que las categorías de “Sociedad” y “Naturaleza” —Sociedad sin naturaleza, Naturaleza sin humanos— son parte del problema, intelectual y políticamente. El binomio Naturaleza / Sociedad, no menos que los binarismos del eurocentrismo, el racismo y el sexismo, está directamente implicado en la colosal violencia, desigualdad y opresión del mundo moderno. Este argumento contra el dualismo involucra algo abstracto —Naturaleza/Sociedad— pero aún muy material, porque la abstracción Naturaleza/Sociedad históricamente se ajusta a una serie interminable de exclusiones humanas— sin mencionar las disciplinas racionalizadoras y las políticas de exterminio impuestas a las naturalezas extrahumanas. Estas exclusiones corresponden a una larga historia de subordinación de las mujeres, las poblaciones coloniales y las personas de color, humanos que rara vez eran miembros de la “sociedad civilizada” de Adam Smith (1937 [1776]).

Estos son sin duda asuntos de opresión. Y también son fundamentales para la economía política del capitalismo, que se encuentra bajo una audaz estrategia de acumulación: la Naturaleza Barata. Para el capitalismo, la Naturaleza es

“barata” en dos sentidos: por un lado, pone precio a los elementos de la Naturaleza, dándoles un valor “barato”; por otro lado, abarata, degrada o disminuye la Naturaleza en un sentido ético-político, para abaratarla en términos de precio. Estos dos momentos se entrelazan en cada momento y en cada gran transformación del capitalismo en los últimos cinco siglos.

Esto es importante para nuestro análisis y también para nuestra política. Los esfuerzos por trascender el capitalismo de una manera igualitaria y en gran medida sostenible se verán frustrados mientras la imaginación política radical sea rehén de la organización y/o la realidad capitalista Naturaleza / Sociedad . Y cualquier esfuerzo por discernir los límites del capitalismo hoy —crucial para cualquier estrategia antisistémica— no puede llegar muy lejos si inserta la realidad en dualismos que son inmanentes al desarrollo capitalista .

El argumento del Antropoceno muestra que el dualismo Naturaleza / Sociedad se encuentra en la etapa más avanzada de su desarrollo. Y si el Antropoceno —como argumento histórico más que geológico— es inadecuado, sigue siendo un argumento digno de nuestra consideración. Nuevas formas de pensar emergen de muchos pasos vacilantes. Hay muchas etapas conceptuales en el camino hacia una nueva síntesis. El concepto de Antropoceno es, con mucho, el más influyente de estas etapas. Ningún concepto basado en el cambio histórico ha sido más influyente en todo el espectro del Pensamiento Verde; ningún otro concepto sociológico ha atraído tanta atención popular.

Formulado por Paul Crutzen y Eugene Stoermer en 2000, **el concepto de Antropoceno tiene su origen en una posición eminentemente razonable: el tiempo geológico y de biosfera ha sido transformado fundamentalmente por la actividad humana.** Se necesita una nueva conceptualización del tiempo geológico, que incluya a la “humanidad” como una “gran fuerza geológica”. Sin duda fue una propuesta valiente. Proponer que la humanidad es un agente geológico es transgredir uno de los límites intelectuales fundamentales de la modernidad. Los investigadores llaman a esto dos culturas: una de las ciencias “naturales”, la otra de las ciencias “humanas” (Snow, 1964 [2015]). **En el mejor de los casos, el concepto de Antropoceno combina la historia humana y la natural, incluso si el “cómo” y el “por qué” siguen sin estar claros y generan mucha discusión.** Tal nubosidad ciertamente merece crédito por la popularidad del concepto. Al igual que la globalización en la década de 1990, el Antropoceno se ha convertido en una palabra de moda que puede significar cualquier cosa para las personas.

Aunque reforzado por los avances en la historia ambiental (Worster, 1988), el argumento del Antropoceno cristalizó gradualmente: “acción humana” más “Naturaleza” es igual a “crisis planetaria” (Chakrabarty, 2009; Steffen, Crutzen & McNeill, 2007). La aritmética verde, al mutilar la historia como agregación de relaciones humanas y naturales, triunfó.

Aritmética verde. Es un término curioso, pero no se me ocurre ningún otro término que lo describa mejor, el procedimiento básico de los estudios ambientales de las últimas décadas: **Sociedad + Naturaleza = Historia**. Hoy es **Humanidad, o Sociedad, o Capitalismo + Naturaleza = Catástrofe**. No quiero menospreciar este modelo. Él era muy poderoso. **Proporcionó la base filosófica para los estudios que produjeron una variedad de conocimientos sobre el cambio ambiental. Estos estudios, a su vez, han permitido conocer en profundidad este “cambio de estado” que se está produciendo en la biosfera. Pero no han facilitado, al contrario, nuestra comprensión de cómo la crisis actual se desplegará en un sistema-mundo que es una ecología-mundo, reuniendo poder, naturaleza y acumulación en una unidad dialéctica e inestable.** Este libro busca trascender los límites de la Aritmética Verde. Esto nos permite buscar, en palabras de Donna Haraway, “narrativas maravillosas y desalineadas” de la historia de múltiples especies, narrativas que apuntan a posibilidades “para entrar en el ahora y también en la historia profunda de la Tierra” (ver Haraway, “Staying with the problema”, en este volumen, p. 67).

La Aritmética Verde funciona cuando creemos que Sociedad y Naturaleza forman una suma. Pero, ¿realmente se forman? En mi opinión, esta “suma” era necesaria y, durante mucho tiempo, bastante productiva. La consolidación de las ciencias históricas sociales después de la década de 1870 se produjo como si la naturaleza no existiera. Hubo excepciones (p. ej., Mumford, 1934), pero ninguna que perturbara el statu quo anterior a la década de 1970. Entonces, impulsado por los “nuevos” movimientos sociales de raza, género y medio ambiente — Vimos una gran agitación intelectual. Se han llenado las lagunas en el mapa cognitivo dominante de la realidad; el viejo mapa cognitivo, incapaz de ver la naturaleza, fue desafiado. En los estudios ambientales, los investigadores radicales defendieron una visión relacional de la humanidad en la naturaleza y la naturaleza en la humanidad, por ejemplo, Harvey (1974) y Naess (1973).

Pero esta crítica relacional siguió siendo en gran medida filosófica. Sobre todo, nuestros conceptos de “gran historia”—imperialismo, capitalismo, industrialización, comercialización, patriarcado, formaciones raciales —se han mantenido como procesos sociales. Se agregaron consecuencias

ambientales, pero el concepto de historia como historia social no sufrió cambios fundamentales.

Hoy soplan nuevos vientos conceptuales. Parece que estamos listos para hacer e incluso comenzar a responder una gran pregunta sobre la gran historia: **¿y si estos procesos históricos mundiales no solo producen sino que también son productos de cambios en la trama de la vida?**

El tema trastorna una serie de premisas que se han convertido en señas de identidad de Pensamiento Verde. Destacan dos. Primero, nos vemos obligados a hacer preguntas no sobre la separación de la humanidad y la naturaleza, sino sobre cómo los humanos y las organizaciones humanas, como los imperios, los mercados mundiales, encajan en la red de la vida y viceversa.

Esto nos permite comenzar a hacer preguntas situadas, en el sentido usado por Donna Haraway (1988). Empezamos a ver la organización humana como “más que humana” y “menos que social”, como algo completa y variablemente poroso dentro de la trama de la vida. Segundo, podemos comenzar a hacer preguntas sobre algo quizás más significativo que la “degradación” de la naturaleza..

No hay duda de que el capitalismo impone un patrón implacable de violencia sobre la naturaleza , incluidos los humanos. Pero el capitalismo funciona porque la violencia es parte de un repertorio más amplio de estrategias que “ponen a la naturaleza a trabajar”. Por tanto, nuestra pregunta incorpora la tesis de la degradación de la naturaleza, pero va más allá: ¿cómo pone la modernidad a trabajar a la naturaleza? ¿Cómo funcionan, o limitan, las combinaciones específicas de actividad humana y extrahumana la acumulación interminable de capital?. Tales preguntas, lejos de ser las únicas, indican una nueva manera de pensar la humanidad en la trama de la vida.

¿Antropoceno o Capitaloceno? Una conversación en evolución

Los capítulos de este libro no son fáciles de resumir, pero de ellos surgen dos temas comunes. Primero, todos los ensayos sugieren que el argumento del Antropoceno hace una pregunta que no puede responder. El Antropoceno da la alarma, ¡y qué alarma! Pero no puede explicar cómo se produjeron estos cambios alarmantes. Las preguntas sobre el capitalismo, el poder y la clase, el antropocentrismo, los marcos dualistas de “naturaleza” y “sociedad” y el papel de los estados y los imperios, todas ellas a menudo están limitadas por la perspectiva dominante del Antropoceno. En

segundo lugar, los colaboradores de este libro buscan ir más allá de la crítica. Todos argumentan a favor de reconstrucciones que apuntan a **una nueva forma de pensar humanidad-en-la-naturaleza y naturaleza-en-la-humanidad**.

Lo primero que quiero decir es que Capitaloceno es una palabra fea para un sistema feo. Como señala Haraway, “Capitaloceno” parece ser una de esas palabras que flotan en el éter, cristalizadas por varios investigadores a la vez, muchos de forma independiente.

Como mencioné, escuché el término por primera vez de Andreas Malm en 2009. El economista radical David Ruccio parece haber sido el primero en publicar el concepto en su blog en 2011 (Ruccio, 2011). Alrededor de 2012, Haraway comenzó a utilizar el concepto en sus conferencias (Haraway, 2015). Ese mismo año, Tony Weis y yo discutimos el concepto en relación a lo que sería su obra *The Ecological Hoofprint* (2013), un verdadero parteaguas en el complejo industrial de la producción de carne. Mi concepción del Capitaloceno tomó forma en los primeros meses de 2013, a medida que aumentaba mi descontento con el argumento del Antropoceno.

Capitaloceno. Como aclaran los autores de este libro, el capitaloceno no significa el capitalismo como sistema económico y social. No es una inflexión radical de la Aritmética Verde. En cambio, **entiende el capitalismo como una forma de organizar la naturaleza, como una ecología-mundo capitalista situada, de múltiples especies**. Trataré de usar la palabra con precaución. Ya se han creado otros juegos de lenguaje: Anthrosceno (Parikka, 2014), Econoceno (Norgaard, 2013), Technoceno (Hornborg, 2015), Misanthropoceno (Patel, 2013) y, quizás de manera más entretenida, Mantropoceno [hombre del tropoceno]. Todos son útiles. Pero ninguno de ellos captura **el patrón histórico moderno básico de la historia mundial como la “Era del Capital” y la era del capitalismo como una ecología mundial de poder, capital y naturaleza**.

En la Parte I, Eileen Crist y Donna Haraway desmantelan el concepto de Antropoceno y señalan posibles alternativas. Crist hace una poderosa advertencia contra el uso del argumento del Antropoceno y otros “autorretratos” prometeicos, que tienden a reinventar y, a veces, a recuperar sutilmente el pensamiento neomaltusiano.

Si bien muchos defensores del concepto indican cómo el Antropoceno introdujo la

discusión, Crist ve esta apertura como demasiado selectiva. Para el autor, el concepto “reduce el espacio discursivo para cuestionar la dominación [humana] de la biosfera, ofreciendo, en cambio, un argumento tecnocientífico a favor de su racionalización”. Inspirándose en Thomas Berry, Crist nos dirige a un marco diferente y más esperanzador del presente y de nuestros posibles futuros.

Esta no sería una “Era del Hombre”, sino una “Era Ecozoica”: una visión de la humanidad-en-la-naturaleza como una unión en la diversidad, en la cual la humanidad puede abrazar la “comunidad viva integral de la Tierra”.

El carbón y la máquina de vapor no determinaron la historia y, además, las fechas están todas equivocadas, no porque sea necesario remontarse a la última glaciación, sino porque es necesario al menos incluir las grandes remodelaciones del mercado y las mercancías de los largos siglos XVI y XVII, aunque pensemos (erróneamente) que podemos seguir siendo eurocéntricos al pensar en las transformaciones “globalizadoras” que dan forma al Capitaloceno.

La geografía histórica del capitaloceno pasa al escenario principal en la Parte II. En “The Rise of Cheap Nature”, abogo por un marco interpretativo para la historia del capitalismo, basado en la crítica de larga data de Haraway (2008) al “excepcionalismo humano”. **El capitalismo es una forma de organizar la naturaleza como un todo, una naturaleza en la que las organizaciones humanas (clases, imperios, mercados, etc.) no solo construyen entornos, sino que son simultáneamente creados por el flujo histórico y por el flujo de la trama de la vida.**

Desde esta perspectiva, **el capitalismo es una ecología-mundo que conjuga la acumulación de capital, la búsqueda del poder y la coproducción de la naturaleza en sucesivas configuraciones históricas.** Muestro que el énfasis en la Revolución Industrial como origen de la modernidad se deriva de un método histórico que privilegia las consecuencias ambientales y oculta las geografías del capital y el poder. La historia de amor entre el Pensamiento Verde y la Revolución Industrial socavó los esfuerzos por ubicar el origen de las crisis actuales en las transformaciones del capital, el poder y la naturaleza que definieron una época y que comenzaron en el “largo” siglo XVI (Braudel, 1953). Los orígenes de las crisis actuales —inseparables pero distintas— de la acumulación de capital y la estabilidad biosférica se remontan a una serie de

transformaciones de paisaje, clase, territorio y técnica que surgieron en los tres siglos posteriores a 1450.

Justin McBrien está de acuerdo en que **estamos viviendo en el Capitaloceno, destacando el impulso del capitalismo hacia la extinción, en un sentido de ecología mundial. La extinción, argumenta, es más que un proceso biológico sufrido por otras especies. Significa también la “extinción de culturas y lenguas”, el genocidio y el espectro de cambios biosféricos entendidos como antropogénicos.** McBrien demuestra que la concepción misma de estos cambios como antropogénicos se basa en la exclusión conceptual sistemática del capitalismo. Estas concepciones son, en la narrativa del autor, un producto de la ciencia moderna, tanto opuestas como fusionadas dentro de las redes del poder imperial y la acumulación de capital. Lejos de ser solo un producto del sistema, como en *Aritmética verde*, muestra que la “acumulación por extinción” fue fundamental para el capitalismo desde el principio. **El Capitaloceno, en su opinión, es también un Necroceno: “La acumulación de capital es acumulación de extinción potencial, un potencial cada vez más activo en las últimas décadas”.** Lejos de abrazar el catastrofismo planetario y las visiones apocalípticas de muchos ambientalistas, McBrien revela cómo el propio catastrofismo fue una forma de conocimiento enmarcada en los sucesivos regímenes ecológicos de posguerra y el capitalismo neoliberal. El catastrofismo, en su lectura, transformó ambos polos del par binario ambientalista: “¿sostenibilidad o colapso?” (Cosnzanza, Graumlich & Steffens, 2007) — en imágenes especulares entre sí.

Elmar Altvater va **más allá de la economía política para incluir la “racionalidad europea de la dominación mundial” de Max Weber y cuestionar los fundamentos principales de la racionalidad moderna.** Por un lado, Altvater ve los orígenes del capitalismo en el largo siglo XVI y la invención de **Cheap Nature**. Por otro lado, ve un cambio decisivo en la transición de la subsunción del trabajo por el capital de un carácter “formal” a uno “real” a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Altvater llama a estas dos periodizaciones las hipótesis de “Braudel” y “Polanyi”, en referencia a Fernand Braudel y Karl Polanyi. Lejos de competir entre sí, estas periodizaciones se contemplan mejor en la totalidad del capitalismo histórico: tanto la posición de Braudel como la de Polanyi son correctas. Es importante para Altvater que **el Capitaloceno no es solo una cuestión de acumulación de capital, sino de racionalización, inmanente al proceso de acumulación. Al mapear las contradicciones entre el cálculo de costos de toda la empresa y la “racionalidad” microeconómica de la externalización, ilumina un conjunto más amplio de problemas de la modernidad y su capacidad para lidiar con el cambio climático**

. Usando la **geoingeniería** como ejemplo, Altvater señala la **trampa de la racionalidad burguesa con respecto al cambio biosférico actual**.

La tarea de los geoingenieros es mucho mayor que construir un automóvil, una represa o un hotel. **Los geoingenieros necesitan controlar completamente los sistemas terrestres para combatir, o al menos reducir, las consecuencias negativas de la externalización capitalista. Sin embargo, la internalización requerida de las emisiones externalizadas es la internalización de los efectos externos para los costos de producción de la empresa. Entonces, de hecho, en principio, los precios podrían “decir la verdad”, como en los libros de texto neoclásicos. Pero aún no seríamos más sabios, porque muchas interdependencias en la sociedad y la naturaleza no se pueden expresar en precios. Cualquier racionalización efectiva tendría que ser holística; tendría que ser cualitativo y tener en cuenta mucho más que el precio. Y esto es imposible, ya que contradice la racionalidad capitalista, que apuesta por arreglar las partes, no el todo. En tal escenario, la modernización capitalista, a través de la externalización, llegaría —inevitablemente— a su fin. Los Cuatro Baratos desaparecerían tras el “horizonte de sucesos”. ¿Sería posible que los geoingenieros aportaran la necesaria moderación de la modernización y la dinámica capitalista? No, ya que los ingenieros no están calificados para trabajar de manera integral.**

En la Parte III, el centro de atención se centra en cuestiones de cultura y política en el Capitaloceno . En el capítulo 6, Daniel Hartley se pregunta qué importancia tiene la cultura para pensar el Antropoceno y el Capitaloceno. Desde una perspectiva de ecología mundial, sugiere que los conceptos de “naturaleza social abstracta” y “ajuste cultural” (Shapiro , 2014) proporcionan guías rudimentarias, pero parciales, para la historia del capitalismo en la red de la vida. Alerta sobre los riesgos que pueden separar “ciencia” y “cultura” en la creación capitalista del medio ambiente, Hartley señala las relaciones entre ciencia y cultura, capital y naturaleza, como fundamentales para las geografías históricas de acumulación infinita. En esta formulación, desarrolla un sólido argumento a favor de la incorporación analítica de esas relaciones —racismo, sexismo y otras formas “culturales”— que parecen no tener una relación inmediata con la ecología , pero que son, de hecho, fundamentales para la diversas relaciones de la humanidad dentro de la humanidad, red de la vida.

Christian Parenti, en el capítulo final, nos lleva de la cultura a la política del

Capitaloceno. La innovación de Parenti es doble. En primer lugar, reconstruye el Estado moderno, entendiéndolo fundamentalmente como un proceso de creación de entornos.

El Estado moderno no se limita a producir cambios ambientales. De la misma manera, el poder estatal, como muestra Parenti en su exploración de la historia estadounidense temprana, se desarrolla a través de la transformación ambiental. En segundo lugar, el estado moderno opera a través de una valoración peculiar de la naturaleza, que Marx llama trabajo social abstracto. El descubrimiento de Parenti es que **el poder, el valor y la naturaleza solo pueden pensarse en relación entre sí. Por lo tanto, el estado moderno “está en el centro de la forma de valor [...], porque los valores de uso de la naturaleza no humana son [...] fuentes centrales de valor”, y es el estado quien los provee. Lejos de operar fuera o por encima de la “naturaleza”, en opinión de Parenti, el Estado se convierte en el nexo organizativo central de la relación entre el territorio moderno, la acumulación de capital y la percepción de la naturaleza como grifo y sumidero.** Las implicaciones políticas del análisis son cruciales. El estado no solo es analíticamente central para la elaboración de la ecología-mundo capitalista; es la única institución lo suficientemente grande y poderosa para permitir una respuesta progresiva a los crecientes desafíos de cambio climático

¿Hacia el Chthuluceno... (y/o) una ecología-mundo socialista?

Al reflejar diversas perspectivas sobre un tema común: cómo el mundo moderno ha organizado las naturalezas humana y extrahumana, los ensayos de este libro son maravillosamente diversos. Indican una nueva síntesis, incluso un nuevo paradigma. A esto lo llamé **paradigma de la ecología mundial**, aunque tal vez aún **podamos encontrar una mejor expresión. Este nuevo pensamiento refleja (¿y da forma?) a un cierto Zeitgeist. La noción de que los humanos somos parte de la naturaleza, que toda la naturaleza nos compone, es fácilmente aceptada por una parte cada vez mayor de la población mundial.**

Los estudiantes universitarios y muchos activistas parecen especialmente receptivos; pero **el Zeitgeist va más allá y se revela dramáticamente en muchos movimientos emergentes de nuestra era: soberanía alimentaria, justicia climática, el “derecho a la ciudad”, decrecimiento, etc. Estos movimientos representan “nuevas políticas ontológicas”. Todos no solo organizan una distribución más equitativa de la riqueza, sino que también exigen una nueva concepción de la riqueza, según la cual la igualdad y la sostenibilidad en la**

reproducción de la vida (de toda la vida) son centrales en nuestra visión del futuro. En estos movimientos, esperamos que se realice la visión simpoiética de Haraway : el Chthuluceno.

Cualquiera que sea el nombre elegido, la visión simpoiética comparte una nueva ontología que se fusiona con (y aprende de) movimientos que giran en torno a la soberanía alimentaria y la justicia climática (ver, por ejemplo, Wittman, Desmarais & Wiebe, 2011; McMichael, 2013; Bond, 2012). Las nuevas políticas ontológicas son tan esperanzadoras —sin ser románticas— porque ofrecen una visión no solo distributiva sino ontológica.

Esta visión cuestiona todo el modelo según el cual el capitalismo valora la naturaleza y los seres humanos que forman parte de ella. Para los movimientos de justicia alimentaria y climática —hay variaciones importantes, por supuesto— solo es posible pensar los temas de igualdad, sustentabilidad y democracia de manera interrelacional. Como nunca antes, la comida, el clima y la red de la vida se convirtieron en el centro de las antiguas visiones radicales de igualdad entre los humanos.

Es importante resaltar que la mirada relacional de estos movimientos sobre la humanidad-en-la-naturaleza se da en un momento en que el modelo capitalista muestra signos de agotamiento. Más allá de cualquier otra cosa, el capitalismo es un sistema que hace la naturaleza, ¡la naturaleza humana también! — trabajar gratis o muy barato. La “ley” del valor del capitalismo —cómo y qué priorizar en la red de la vida— siempre ha sido una ley de la Naturaleza Barata . (Lo cual es absurdo, sí, porque la naturaleza nunca es barata). El extraño y dinámico proceso de poner la naturaleza a trabajar a bajo costo fue la base de los logros de la modernidad: el hambre y la capacidad de extraer las Cuatro Cosas Baratas: alimento, energía, materia prima y vida humana. Estas capacidades ahora se están agotando. La productividad agrícola industrial ha estado estancada desde mediados de la década de 1980; productividad del trabajo en la industria desde 1970. Las contradicciones del capitalismo dramatizadas por la inestabilidad biosférica revelan la conquista de la modernidad basada en un robo activo y continuo: de nuestro tiempo, de la vida planetaria, de nuestro futuro y del futuro de nuestros hijos.

El colapso del capitalismo hoy es –y al mismo tiempo no es– la vieja historia de la crisis y el fin del capitalismo. El capital internaliza progresivamente los costos del cambio climático, la pérdida masiva de biodiversidad, los envenenamientos, las epidemias y muchos otros daños biofísicos, a medida

que nuevos movimientos cobran fuerza. Estos desafían no solo la distribución desigual del capitalismo, ¡pagan la “deuda ecológica”! — sino la forma en que pensamos acerca de lo que se distribuye. **Hay un agotamiento de esta valoración de la realidad emprendida por el capitalismo que es a la vez interna al capital, y da cabida a nuevas políticas ontológicas externas al sistema de valores, y en respuesta directa a su colapso.** Vemos, como nunca antes, el florecimiento de una imaginación ontológica más allá del dualismo cartesiano, que plantea la posibilidad de diferentes valoraciones de la comida, la naturaleza y todo lo demás. Están revelando la ley del valor del capitalismo como el valor de nada o, al menos, nada particularmente valioso.

Y apuntan hacia una ecología mundial en la que el poder, la riqueza y la (re)producción se forjan en una conversación con las necesidades de la red de la vida y el lugar de la humanidad dentro de ella.

[1] Es esta la introducción al libro ¿Antropoceno o Capitaloceno? Naturaleza, historia y la crisis del capitalismo, de Jason W. Moore.

por Jason W. Moore / Instituto Humanitas Unisinos

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ](#)

Fotografía: Sudoesteba

Fecha de creación

2022/09/15